

GRANDES CREYENTES



«La Providencia me tomó de mi pueblo natal y me hizo recorrer los caminos del mundo en Oriente y Occidente junto a gentes de religiones e ideologías distintas, preocupado siempre más de lo que une que de lo que separa y provoca contrastes.»

Era ya de noche, un 11 de octubre de 1962, con una espléndida luna... La plaza de San Pedro estaba llena de gente porque esa tarde se había inaugurado el Concilio Vaticano II. El Papa no tenía pensado salir a la ventana, pero salió. No tenía pensado hablar, pero habló. Lo que dijo aquel día, hoy lo conocemos como *El Discurso de la Luna*:

«Volviendo a casa encontraréis a vuestros niños. Hacedles una caricia y decidles: esta es la caricia del Papa. Encontraréis también algunas lágrimas que secar, decidles una palabra buena: el Papa está con vosotros, especialmente en las horas de la tristeza y la amargura. En fin, recordemos todos, especialmente, el vínculo de la caridad y, cantando, o suspirando, o llorando, pero siempre llenos de confianza en Cristo que nos ayuda y nos escucha, procedamos serenos y confiados por nuestro camino».

Así era el *Papa Bueno*. Nos recordó que la Iglesia está llamada a ser caricia, cercanía de Dios, ánimo, palabra amable, consuelo... Nos recordó que la Iglesia es "Madre y Maestra", nos recordó que necesitamos comprometernos para alcanzar la "Paz en la Tierra"... Y es que recordar es "volver a pasar por el corazón", y de corazón Juan XXIII sabía mucho.

Y nos habló, sobre todo, de esperanza... de saber mirar a la realidad con los ojos de Dios.

«En el cotidiano ejercicio de nuestro ministerio pastoral llegan a veces a nuestros oídos, hiriéndolos, ciertas insinuaciones de almas que, aunque con celo ardiente, carecen del sentido de la discreción y de la medida. Tales son quienes, en los tiempos modernos, no ven otra cosa que prevaricación y ruina. Van diciendo que nuestra hora, en comparación con las pasadas, ha empeorado, y así se comportan como quienes nada tienen que aprender de la historia. Mas, nos parece necesario decir que disentimos de esos profetas de calamidades que siempre están anunciando infaustos sucesos, como si fuese inminente el fin de los tiempos. En el presente orden de cosas, en el cual parece apreciarse un nuevo orden de relaciones humanas, es preciso reconocer los arcanos divinos de la providencia divina que, a través de los acontecimientos y de las mismas obras de los hombres, muchas veces, sin que ellos lo esperen, se llevan a término haciendo que todo, incluso las fragilidades humanas, redunden en bien para la Iglesia». (Discurso de inauguración del Concilio Vaticano II).

Iba a ser un Papa de "transición" y hoy la Iglesia no puede entenderse a sí misma sin lo que él significó. Nos mostró lo que podemos hacer cuando damos más importancia a lo que nos une que a lo que nos separa. Nos mostró lo que podemos hacer cuando nos fiamos de Dios.

Por todo esto, y tantas cosas más, hoy le recordamos como el "párroco del mundo".

Para este Año de la Fe, Juan XXIII es un buen compañero de viaje...